

VERDADERA RELACION DE LA PRODIGIOSA  
vida y dichosa muerte del bienaventurado  
SAN ALEXO.



PRIMERA PARTE.

**C**ese el belicoso estruendo  
de caxas y de trompetas,  
ni tremolen por el ayre  
estandartes y banderas.  
Cese el enojo y la ira,  
caygan las galas superfluas,  
y en aplaudidos elogios  
florezca la penitencia,  
à vista de la enseñanza  
que dan las divinas letras,  
y à vista de los exemplos  
de las vidas estupendas  
de tantos Santos, que à Dios  
dan lauros y gloria excelsa  
en vida contemplativa,  
para gozar de la eterna.  
Hoy pues triunfante mi lira  
desea prudente y cuerda  
dar à mi auditorio ilustre  
una música discreta,  
cantando de un Santo insigne  
las maravillas supremas

que obró Dios, en atención  
à su vida tan austera;  
pues siendo mancebo rico,  
vino à morir en pobreza,  
hecho la escoria del mundo,  
debaxo de una escalera.  
Ya en esto habrán conocido  
quién es el Santo, y mi idea  
darà principio à la historia,  
porque la devocion crezca.  
En tiempo del grande Honorio,  
según las historias cuentan,  
gran Emperador de Roma,  
un personage hubo en ella,  
que llamaban Eufemiano,  
hombre de mucha opulencia,  
y de ilustre calidad,  
junto con grande riqueza.  
Casó con una matrona  
muy virtuosa y honesta,  
llamada Aglaes, y tambien  
muy poderosa en hacienda.

Vivian los dos esposos  
en tranquila paz serena,  
muy temerosos de Dios,  
repartiendo sus riquezas  
con pobres, y para el culto  
de Dios en templos e iglesias,  
hospedando peregrinos  
con caridad muy perfecta.  
Eran cercanos parientes,  
pues la propia sangre regia  
del Emperador Honorio  
les viene por linea recta.  
Tenian pues su palacio  
con muchas torres y almenas,  
gran multitud de criados,  
de dueñas y de doncellas,  
las salas todas colgadas  
de mil géneros de sedas;  
y en fin era el fausto todo  
como de persona excelsa.  
Estos clamaban à Dios  
con ásperas penitencias,  
y con austeros ayunos,  
pidiendo con grandes veras,  
que les concediera un hijo,  
para ser su paz completa.  
Vinieron à conseguirlo,  
que oye Dios ruegos, que sean  
para mas servirle; en fin  
dióles un niño, y se alegran  
tanto de su nacimiento,  
que no obstante que ántes eran  
los dos muy caritativos,  
en esta ocasion su hacienda  
se abrió mas pródigamente  
à agradecer la fineza.  
Bautizaron pues al niño  
con alegrías y fiestas,  
y le pusieron Alexo,  
cuyo nombre se interpreta  
vara de humo, que creciendo,  
hasta los cielos penetra.  
Crióse con gran regalo  
entre pompas y grandezas,  
hollando la plata y oro,  
los terciopelos y sedas.  
Creció, y con él la razon,  
motivándolo la escuela

de un maestro, que celoso  
le enseñó todas las ciencias.  
Era querido de todos,  
dando de su sangre muestras,  
y al mismo pavo sus padres  
le amaban con gran ternura.  
Tenia el Emperador  
una hija, que en belleza,  
en virtud y honestidad,  
no habia en Roma doncella,  
que no digo la excediese,  
pero que igualar pudiera  
à Sabina, que era el nombre  
de esta singular Princesa.  
Trataron pues de casarla  
con Alexo, y él intenta  
no contradecir en nada,  
aunque tiene hecha promesa  
de guardar la castidad,  
porque Dios le favorezca.  
Celebráronse las bodas  
con regocijos y fiestas,  
con músicas, con contento,  
y con espléndidas mesas.  
En fin llegada la noche,  
que el sensual la desea  
para alhagar su apetito,  
dando à las pasiones rienda,  
nuestro Alexo entró en el quarto  
donde estaba la Princesa,  
y con discretas razones  
la dixo de esta manera:  
Dios te guarde, hermana mia,  
de Dios criatura bella,  
en su amor, como à su esposa;  
è inclinando la cabeza,  
comenzó à decirle Alexo  
palabras dulces y tiernas,  
no de amores, sino en cosas  
de Dios, diciendo que eran  
las Virgenes mas queridas  
del Señor, y mas grandeza  
gozaban entre los Santos.  
Y en fin vino à alcanzar de ella,  
el partir entónces mismo,  
por cumplir una promesa,  
à Jerusalem, que ántes  
de disponerse fue hecha.

Ella

Ella se lo concedió,  
entendiendo de que era  
una Capilla que en Roma  
estaba y de allí bien cerca,  
llamada Jerusalem;  
pero él otra cosa ordena.  
Y sacando de su dedo  
una sortija muy buena,  
le dixo así: toma, hermana,  
esta sortija, que es prenda  
como dada de mi mano  
à Señora tan suprema,  
porque os acordeis de mí.  
Recogió preciosas piedras,  
y joyas de gran valor,  
con cantidad de moneda:  
fue al Tiber, tomó una barca,  
embarcóse luego en ella,  
salió al mar, y llegó en breve  
à desembarcar en tierra.  
Llegóse à Santa María,  
una consagrada iglesia  
à Dios, y en este lugar  
dió à los pobres quanto lleva,  
y hasta sus propios vestidos  
con un Peregrino trueca.  
En este tiempo en su casa  
toda la alegría y fiesta  
se convirtió en sentimiento,  
en pena, llanto y tristeza.  
Lloraban su padre y madre,  
sin que alivio hallar pudieran;  
envian muchos criados,  
que por partes muy diversas  
lo busquen, y si lo hallan,  
lo traygan con diligencia.  
Se queixa el Emperador;  
y su esposa honesta y bella,  
suelto el cabello, despierte  
clamores que al cielo llegan,  
sollozos, ayes, gemidos,  
que à los riscos y à las peñas,  
pudieran, con ser tan duros,  
ablandarles su dureza.  
A este tiempo al Peregrino,  
que ya referido queda,  
viéndole con el vestido,  
de Alexo, al punto lo llevan

à presencia de sus padres,  
porque diga lo que sepa.  
Contó que le dió el vestido  
un jóven de muchas prendas,  
trocántelo por el suyo,  
y que postrándose en tierra,  
con la tierra se estrechó,  
llorando mucho sobre ella,  
y entre los pobres le vió  
pedir limosna. Y con esta  
ocasion le preguntaron,  
que hácia qué parage era?  
Y respondió que en Osidia,  
Ciudad que de Siria era.  
Despacharon mucha gente  
en su busca, pero ordena  
el cielo que no le hallen,  
aunque de ellos está cerca,  
pues à todos conocia,  
sin que à él lo conocieran,  
ántes le daban limosna,  
como si otro pobre fuera.  
O gran Dios! alaben todos  
tus maravillas inmensas.  
Vuélvense todos muy tristes,  
y él con su grande entereza  
prosiguió al santo sepulcro,  
para cumplir su promesa.  
Mas el comun enemigo,  
que frustrar su fin intenta,  
en trage de peregrino  
con el santo Alexo encuentra,  
y despues de saludarle,  
con preguntas y respuestas  
se introduxo à hablar con él,  
y por último le cuenta,  
como venia de Roma,  
donde una noticia nueva  
habia, que un Senador,  
persona de mucha cuenta,  
habia casado un hijo  
con una hermosa doncella,  
hija del Emperador,  
y no haciendo caso de ella,  
la dexó; mas ella viendo  
su desprecio, hacia entrega  
de su cuerpo, por hacerle  
toda la posible ofensa.

Na-

Nada Alexo le responde, cándado à sus labios echa, y en manos de Dios su causa resignadamente dexa: suspendiendo su juicio, su esposa à Dios encomienda; y en otra segunda parte proseguiré esta materia.

## SEGUNDA PARTE.

**V**iendo el demonio que Alexo no le respondia cosa, y que todas sus mentiras frustradas fueron y ociosas, se despidió con presteza, caminando con ansiosas veras, y mas adelante le salió ya de otra forma. Saludáronse los dos, platicando en varias cosas, y por último le dixo, como venia de Roma. Volvió à contarle lo mismo, como Sabina su esposa no solo traicion le hacia, permitiendo su deshonor, sino que premiaba à aquellos cómplices en su traydora intencion, y à él le premió con una sortija hermosa. Veisla aquí, dixo, y à Alexo le turbó la vista toda. Cayó en tierra, conociendo que era la sortija propia, que al despedirse le dió en fe de amor à su esposa. Clamaba afligido al cielo, pidiendo misericordia, y el Señor le envió un Ángel que en sus penas le conforta. El demonio huir queria, pero el Angel se lo estorva, de parte de Dios haciendo se derenga, aunque se enoja. A Alexo le dixo el Angel: sé firme como una roca,

prosigue lo comenzado; aquea sierpe horrorosa que te hablaba, era el demonio, que con astucia engañosa le ha sacado la sortija à tu virtuosa esposa; ella es santa y está virgen, aunque en su llanto penosa. No desistas de tu intento, y en Dios tu asistencia toda has de poner, y despues volverás à ver tu esposa. Yo soy Angel del Señor, que me envia de esta forma. Desapareciendo el Angel, se fue el demonio à las sombras infernales: luego el Santo lleno de fe, el alma ansiosa, alzó los ojos al cielo, à Dios dió gracias, y à toda priesa dispone el viage al santo sepulcro, y postra su cuerpo y cara en la tierra, con humildad generosa, diciendo con muchas veras, todo lleno de congoxa: Señor mio Jesu-Christo, dulce bien que el alma adora, yo no soy digno de entrar (el ser quien soy me lo estorva) en vuestro santo sepulcro, como ántes no reconozca tu voluntad; y allí estuvo muchos dias, de la forma que se ha dicho, tolerando hambres, frios y deshonoras, penas, sentimientos, sustos, y aflicciones muy penosas. Cumplidos ya siete años, que en oracion fervorosa estuvo Alexo, escuchó una voz que así le informa: siervo de Dios, ya eres digno, por merecerlo tus obras, de poder entrar en este santo sepulcro, entra y goza de tanto bien; pero Alexo temió fuese la engañosa

astucia del enemigo. Segunda vez oye otra, que le repite lo mismo, y que el Señor le perdona sus pecados; y él entónces con humildad fervorosa visitó el santo sepulcro, santos lugares, y todas las restantes estaciones que en Jerusalem se notan. Continuó allí algun tiempo, padeciendo mucha inopia, tanto que ya su virtud à todos se hizo notoria; y por no ser conocido, huyendo de vanaglorias, se partió al puerto de Lita, y de una nave le informan, que su rumbo era à Sicilia. Pide al Maestre le recoja, éste lo admite, y ordena, que lo necesario ponga para comer en la nave; y él que nada le congoxa, le respondió que un Señor liberal y de gran honra, à quien sirvió siete años, con voluntad generosa le socorreria en quanto se ofreciese, y de esta forma fue admitido del Maestre. Al viento las velas todas dieron, pero à corto trecho se levantó una furiosa tempestad y cruel borrasca, que el buque ya al cielo topa, ya del mar barre la arena, visitando sus alcobas, ya burla del uracan, ya es cometa por las ondas, sin que ningun marinero ni piloto en tal derrota qué rumbo pueda la nave llevar entónces conozca. Pasaron en fin tres dias, que el temporero mejora, sin acordarse de Alexo, que en todos ellos no toma

agua ni sustento alguno, llamólo el Maestre à solas, y le dixo: amigo mio, mucho engaño en vos se nota, pues veo no os ha enviado de comer alguna cosa el Señor que me dixisteis. Y él con modestia gozosa respondió: no me ha engañado, pues su piedad hasta ahora jamas ha faltado à nadie, que es Señor de mucha honra, y no soy digno llamarme su criado en tanta gloria, que es Señor de cielo y tierra, y aquesta máquina toda con su poder la mantiene. Dixo el Maestre: fervorosa es tu fe, buen Peregrino: y así pide à Dios ahora, que nos saque à salvamento. Cesó la tormenta, y toman el rumbo, como Dios quiso, y llegando al puerto de Ostia, desembarcaron alegres. Alexo se pasó à Roma, y llegó à su casa à tiempo, que el padre con mucha pompa de criados, acaballo salia, y él con zozobra no sin trabajo llegó, diciendo de aquesta forma: dale limosna, Eufemiano, à un Peregrino, que ahora de ti ha llegado à ampararse, así à tu casa dichosa trayga Dios à tu hijo Alexo, prenda del alma que adoras. Así que Eufemiano oyó, que à su amado hijo nombran, sin sentido del caballo, si no lo tienen, se arroja. Clamorean los criados, la madre salió medrosa, temiendo alguna desdicha, mas fue dicha muy gozosa, pues tuvo algunas noticias de su hijo, quien le informa,

como le habia tratado en muchas partes, y en todas se le mostró muy amigo, pasando ambos de limosna, y le informó de sus padres la piedad tan generosa. En fin les dixo palabras tan sentidas y llorosas, vuelto el padre ya en su acuerdo, que la madre descosa de saber mas de su hijo, casi del brazo lo toma, y en su palacio lo mere, donde mas informes toma de su hijo Alexo; mas él, encubriendo su persona, les daba razon de todo. La madre estaba llorosa, tambien su esposa Sabina, sin que alguno le conozca; le ofrecen varios manjares, y licores, mas él toma solamente pan y agua, y à quedarse se acomoda debaxo de la escalera, sin aceptar otra honra. Hizo morada en su hueco, sufriendo las tenebrosas noches y dias de frio con resignacion pasmosa, y otros muchos vituperios, que agua y basura le arrojan encima. dándole golpes, con él jugando à pelota, pasándose muchos dias, sin que de él hagan memoria, para darle el pan y agua, sin que él abriese su boca. Así diez y siete años llevó vida tan penosa, hasta que su fin llegado quiso Dios que reconozca. Y así pidió al Camarero con razones amorosas recado para escribir, y escuchando esto, se asombra de que él escribir sabiendo, pase vida trabajosa.

Dióselo, y allí escribió su vida tan prodigiosa, como referida queda. Coge el papel y le dobla, y poniendo la sortija en el dedo, de esta forma su espíritu à Dios entrega, que le colocó en su gloria. Y en otra tercera parte se dará fin à esta historia.

### TERCERA PARTE.

**H**abiendo entregado à Dios su espíritu el buen Alexo, estaba diciendo misa el Sucesor de San Pedro, quando despues del Prefacio oyen una voz del cielo, que dice: ven, siervo mio, à gozar dichoso premio, y el galardón del trabajo que por mi amor y respeto has padecido. Y despues otra clara voz oyeron, que de este modo decia: id à encomendaros luego al Hombre de Dios, que pida por todo el romano pueblo. Y al punto de las parroquias, de ermitas y de conventos empezaron à tocarse las campanas, y al estruendo que en toda Roma se oía, quedaban todos suspensos. Partióse el Emperador y el Senado con deseo de encontrarlo, y no lo hallaron, y media Roma anduvieron. A su Santidad se vuelven, desconsolados, diciendo, que no lo habian hallado, y otra clara voz oyeron, que así decia: Eufemiano es el que retiene dentro de su casa este tesoro. Causó en todos gran contento

la

la alegre nueva; mas él, que presente estaba à esto, dixo: señores, yo soy gran pecador, y no tengo este favor merecido. Mas el Pontífice viendo tal humildad de Eufemiano, sin detenerse un momento, con todos los Cardenales, su cruz y acompañamiento, fueron allá en procesion, junto Eufemiano con ellos, el qual pensó adelantarse, y llegando allá, al momento hizo salir sus criados con luces y con inciensos, à recibir al Pastor; no cesando en este tiempo en todos la confusion, mayormente quando vieron, que cruces y clerecía al llegar, se detuvieron. Al Santo Padre preguntan la esposa y madre de Alexo de tanto favor la causa; y el Pontífice supremo respondió: en el Vaticano oímos voces del cielo, que dicen que en vuestra casa está por nuestro consuelo el Hombre de Dios, y así venir à hallarle he resuelto. Si muy confusos estaban, quedaron mas, quando oyeron lo que el Pontífice dixo; nada responder pudiendo, unos à otros se miraban, mas ninguno aribuyendo à que fuese el Peregrino, que subsistió tanto tiempo debaxo de la escalera. A este tiempo el Camarero dixo: à no ser por ventura que sea ese pobre viejo, que es hombre de buena vida, y he observado muy atento, que los domingos y fiestas comulgaba. Y à este tiempo

fue à la escalera Eufemiano, llamólo, y estaba muerto, mas reluciente que el sol, exhalando de su cuerpo una fragancia admirable, y un papel entre sus dedos, que pretendia quitarle, y no consiguió su intento. Salió fuera, y dixo al Papa, de alegría todo lleno: aquí está el Hombre de Dios. Su Santidad mandó luego, que al pórtico lo sacasen: hiciéronlo, y allí puesto, todos se hincan de rodillas y el gran Sucesor de Pedro el papel llegó à tomarle, y sacarlo no pudiendo, probaron los Cardenales, y les sucedió lo mesmo. Llegóse el Emperador, y sus padres tambien fueron à hacer las mismas instancias, y lo mismo sucediendo, llegó su esposa Sabina, y así le dixo: fiel Siervo del Señor, por quien pasaste tantos trabajos, te ruego, que ese papel no me niegues, para saber por extenso toda tu vida; y entónces abrió la mano, y el pliego le entregó, luego lo abren, y decia: soy Alexo, del Senador Eufemiano hijo legitimo. Oyendo su esposa y padres lo dicho, tal fue su llanto y lamentos, que hasta el cielo penetraban, y arrojados sobre el cuerpo, en lágrimas se anegaban, de pena heridos sus pechos. Decia el padre: ay de mí! ay mezquino y triste viejo, que confiado vivia de ver vivo à mi hijo Alexo! Cómo de mí te encubriste, viéndome con tal tormento,

y

y con tal pena à tu madre,  
sin querer darnos consuelo?  
Ay de mi triste vejez!  
qué atribulado me veo.  
Su madre dice afligida,  
rasgando el vestido negro:  
daxádme llegar de gracia  
à ver mi hijo, que quiero  
aumentar mi triste llanto,  
y arrojar sobre su cuerpo  
estas lágrimas amargas.  
Y haciendo muchos estremos,  
sobre su hijo se arroja,  
y con muy tristes requiebros  
le decia: hijo querido,  
en qué te agravie algun tiempo,  
para que así me dexases,  
pudiendo, hijo, pudiendo  
declararte, y no que allí  
moriste, como te vemos.  
Madres, las que teneis hijos,  
por ventura habrá consuelo  
para una afligida madre  
en un dolor tan acerbo?  
Llegó su esposa Sabina,  
torciendo brazos y dedos,  
y habiéndole conocido  
por la sortija del dedo,  
y la señal que la madre  
dixo tenia en el pecho,  
y la carta daba indicios  
de lo pasado, allí fueron  
tales las exclamaciones,  
tal el quebranto, que entiendo,  
que à las fieras mas crúeles  
les enteneciera el pecho.  
Sobre el cuerpo se arrojó,  
diciendo con mil lamentos:  
triste de mi! torrolilla  
sin su dulce compañero,  
sin alegría, sin vida,  
sin alivio, sin consuelo,  
poseida de tristezas  
con un golpe tan violento,  
que todo el pecho me pasa!  
En fin tantos los estremos  
eran de padres y esposa,  
que de angustia y sentimiento

F

à un mismo tiempo lloraban  
los circunstantes con ellos.  
Mandó el Papa que tomasen  
en hombros el sacro cuerpo,  
llevándolo en procesion,  
à un magestuoso entierro.  
Era el concurso muy grande  
de lastimados, enfermos,  
mancos, tullidos y coxos,  
paralíticos y ciegos,  
y todos quedaban sanos,  
alegres y placenteros.  
No pudiendo caminar,  
por ser el gentio inmenso,  
que les impedía el paso  
para llegar à San Pedro,  
se tomó la providencia  
de que esparciesen al pueblo  
gran cantidad de moneda,  
porque divertido en ello,  
pudiera facilitarse  
el entrarle dentro el templo.  
Con toda solemnidad  
las Religiones y Clero  
allí hicieron sus exéquias,  
y habiendo tenido el cuerpo  
manifiesto trece dias,  
para que lo viese el pueblo,  
después lo depositaron  
en la bóveda y entierro  
del Emperador, que quiso  
hacerle este fino obsequio.  
Después su esposa Sabina  
hizo à Dios voto perpetuo  
de castidad, y cumpliólo,  
renunciando desde luego  
la pompa y toda grandeza;  
puso cilicio à su cuerpo,  
obró grandes penitencias,  
fue Santa, como sabemos.  
Los padres fueron por él  
perdonados, que los ruegos  
de los Santo con Dios tienen  
gran poder y valimiento.  
Y aquí la hermana de Lucas  
del Omo da fin, pidiendo  
al auditorio, perdone  
la cortedad de su inganjo.

N.